

Pues oye, acércate, y acaba de tender esta ropa, que hoy van los oficios retrasados. Y tú, hija mía, sube, y con agua bien fresca, lávate esos ojos, que se parecen esta mañana á los de Nuestra Señora de las Angustias.

Nona se dirigió á la escalera, y comenzó á subirla con la frente inclinada, y lenta, muy lentamente, como si el mundo entero pesara sobre su cabeza.



CAPÍTULO XIX.

UNA POR OTRA.

MARTA se había equivocado de medio á medio al decir que los hombres no hacen alto en ciertas cosas de las mujeres, como no les toquen muy de cerca; pues, sin ir más lejos, allí estaba Fermín que daba testimonio de todo lo contrario. Porque es el caso que el futuro marido de la hermosa hija de Cañizares, el novio oficial, auténtico, de la mejor moza del pueblo, que debía casarse de un día á otro, dando ocasión á la boda más ruidosa de aquellas cercanías, daba continuas vueltas en su cabeza al descubrimiento que acababa de hacer. Esta cavilación, mil veces ahuyentada, volvía á cebarse en su imaginación con la tenacidad de la

mosca , y sacudida aquí , manotazo allá , la hacía irse , pero volvía , y no encontraba medio de deshacerse de tan molesto enemigo.

¡ Nona , á media noche , en la reja , burlando la vigilancia de la familia , manos á boca con un hombre desconocido , que pronto abandonaría el pueblo para no volver en su vida ! He ahí el punto de partida de su admiración. Mas ¿qué había en ello de extraordinario? Dos amantes más ó menos misteriosos , á media noche , con una reja por medio , es un espectáculo que se encuentra á cada paso , en las calles solitarias de los pueblos del Mediodía , durante la noche.

Es verdad que no es el camino más seguro para que las cosas lleguen á buen término ; pero las costumbres no son tan severas , y guiñándose el ojo , dejan que ruede la bola. Lo de la reja era , en efecto , moneda corriente ; mas lo que á Fermín escarabajaba es que fuese Nona la de la reja. ¿Y por qué? La casa de Cañizares , ¿era acaso un convento de monjas? ¿Había hecho Nona profesión de consagrar á Dios el resto de sus días? ¿Quién había dicho que por aquellos ojos apacibles como una mañana de Mayo no había de entrar un rayo de amor humano , que es al fin el sol de las almas?

Á sí mismo se decía Fermín todas estas cosas , revolviendo en su imaginación esas y otras ra-

zones ; y , sin embargo , la imagen de Nona , fingiéndose dormida para burlar la vigilancia de Marta , levantándose silenciosa y descalza , pasando de puntillas por delante de la cama de su guardiana , deslizándose como una sombra por el corredor , bajando á la reja trémula , ansiosa , inquieta , anhelanté , enamorada.... , le causaba un daño indecible. Y vamos á ver : ¿por qué? ¿Era acaso la primera muchacha irreflexiva que se dejaba guiar por los impulsos de su corazón? Claro está que podía haber puesto á su madre , á Marta siquiera , en el secreto de aquellos amores tan misteriosos ; pero , por lo visto , cerraba su boca á toda confianza el temor de la oposición de su padre , y el señor de Cañizares era hombre muy duro de pelar.

Pensando en esto , decía Fermín : «¿Qué razones puede tener mi tío para oponerse á la elección de su hija? ¿Que el apellido de ese hombre no es ilustre? ¿Y ha de llevar su manía nobiliaria á tanto extremo? Sí , es una persona aquí desconocida , un advenedizo , un *cunero* ; mas , sea como quiera , resulta elegido por el pueblo ; es muy suelto de lengua , se encuentra hecho Diputado , ¿por qué no ha de ser mañana ministro? Las gentes políticas medran tan fácilmente , que bien pudiera mi prima alcanzar una brillante posición en el mundo. ¡Ay , Nona!

(añadía con un profundo suspiro): si yo pudiera convencer á tu padre, no dejarías por mí de ser dichosa.»

Deteníase algunos momentos en esta idea, y luego seguía pensando: «Tenemos que ese hombre ha cautivado su corazón; ¿pero ese hombre la merece? ¿Es para él un pasatiempo que olvidará en cuanto le vuelva la espalda al pueblo? Entonces, ¿qué sería de ella? ¿qué sería de su corazón tan vilmente engañado? No; Marta la vigila y yo la protejo; estoy en el secreto, y no consentiré que sea burlada. Ese hombre no sabe dónde se ha metido.»

Aquí la energía habitual de sus facciones se acentuaba vigorosamente, y las ventanas de la nariz se dilataban para dar paso al aire que los pulmones aspiraban con violencia.

Tal era, poco más ó menos, el oleaje en que se agitaba el mar de sus pensamientos.

Probablemente no se hubiera almorzado en la casa en todo el día si D. Martín, sentado á plomo delante de la mesa, no hubiese hecho resonar su voz no muy dulce ni excesivamente templada, á la familia, á grito pelado, llamando á cada uno por su nombre.

—¡María!... ¡Nona!... ¡Aurora!... ¡Fermín!... Pues, señor, ¿dónde se habrá metido esta gente?... Á ver, tú, Prisca.... ¿Qué hace

tu ama? ¿Se han quedado sordas esas muchachas?... ¿Y mi sobrino? ¿Dónde está mi sobrino? ¡Por vida de Sanes, que están al caer las diez de la mañana, y tengo el estómago en los talones! ¡Aunque fuera hoy día de ayuno!

Gracias al auxilio de Prisca, que sin apartarse del hogar gritó como una desesperada, y puso en movimiento á Gila, comenzó á reunirse la familia. La que primeramente entró en el comedor fué Aurora. Venía despeinada y vestida de cualquier modo, como quien acaba de abandonar la cama; mas en ella hasta el desaliño servía para dar más realce á su belleza. Ligeramente pálida, parecía que las últimas sombras del sueño no querían abandonar del todo los suaves contornos de sus mejillas; su tez se mostraba en toda su pureza, los rayos de sus ojos brillaban indiferentes, y el desdén era la expresión de su boca.

Entró, como digo, y fué á sentarse en el sitio de la mesa que habitualmente ocupaba, al mismo tiempo que sus labios se dilataron prorrumpiendo, si puedo decirlo así, en un gran bostezo.

—¡Hola, señorita! (exclamó D. Martín.) ¿Son esos los buenos días que le das á tu padre?

—Buenos días,—dijo Aurora.

—Santos y buenos nos los dé Dios á to-

dos. Mira : corta ese pan , á ver si empezamos.

—Ahora,—contestó ella, apoyando el codo en el borde de la mesa y la mejilla en el hueco de la mano.

En esto entró Nona; miró tristemente á su hermana, queriendo sonreirse, y fué á quedarse de pie junto á su padre.

—¿Qué quieres tú, muchacha?... ¿Te has vuelto muda? ¡Vamos! ¿qué quieres?

—La mano,—contestó Nona.

—Sí, mujer, sí; tú tienes esa buena costumbre, y yo, cuando tengo hambre, no tengo memoria. Toma, hija, toma la mano, y Dios te haga una santa.

Nona se inclinó y besó la mano de su padre, mientras él decía :

—¿Y vuestro primo? Él es el primero todos los días á la hora del almuerzo, y hoy parece que se lo ha tragado la tierra.

—Ya baja (advirtió Nona); Gila ha ido á avisarle.

D. Martín se dió una gran palmada en la frente, exclamando :

—¡Vaya, se me fué el santo al cielo!.... Ya no me acordaba de que ha pasado la noche de *parranda* con el señor Juez. ¡Qué muchacho! Es la alhaja de toda la parentela.... ¿Sabéis vosotras á qué hora vino?

Aurora se encogió de hombros, y Nona contestó :

—No, señor, no lo sabemos.

—Á las dos y media (dijo Fermín, entrando en el comedor). Poco más ó menos, sería esa hora.

—No encontrarías ni un alma por esas calles de Dios, porque en este pueblo todo el mundo se recoge temprano, y no da señales de vida hasta que raya el día.

Fermín no contestó; pero miró alternativamente á Aurora y á Nona, sin más que mover los ojos de un lado á otro; pues estaba colocado entre las dos hermanas. La primera frunció ligeramente los labios, y miró al techo con profunda indiferencia; la segunda inclinó la cabeza sobre el plato, aún vacío, y bajó los ojos, pálida como una muerta.

D. Martín cogió un pellizco de pan, y se lo metió en la boca, al mismo tiempo que decía:

—Larga fué la conferencia.... Hay tela cortada, ¿eh? Bueno; pero precisemos las cosas : ¿Estamos ya al cabo de la calle?

—Sí,—contestó Fermín.

—¡Demonio, y que *sí* tan triste! Cualquiera diría que te pesa en el alma la suerte de haber dado con la pista.

—¡Puede! (replicó Fermín); porque siempre es

triste encontrarse con que donde menos se espera...

—¿Salta la liebre? No digas más.... Eso ya estaba aquí (añadió Cañizares). Mira tú: toda la noche le he estado dando vueltas al asunto; porque á mí no se me escapa nada: ya estaba yo en camino, y con lo que acabas de decir, ciertos son los toros; no tiene pérdida; iría con los ojos vendados. Pero punto en boca; que las mujeres tienen los oídos muy listos y la lengua muy larga; hablan lo suyo y lo ajeno. Si vieras á tu tía, no se le cuece el pan por saber á dónde fué á parar *Minerva*; todas son chilindrinas; pero yo me hago el sueco.

—¿Qué! (preguntó Fermín.) ¿V. sabe?....

—Sí, hombre, sí. ¿Crees tú que yo he bailado en Belén? No me gusta pensar mal de nadie, porque no hay pecado más malo que el de un falso testimonio. El que mata, mata; mas el que calumnia, deshonra: al muerto se le entierra, y los vivos le rezan; al deshonrado se le entierra vivo, y todo el mundo le vuelve la espalda. Mira, Fermín: prefiero cien mil muertes á la más pequeña deshonra; primero, porque soy Cañizares, y este apellido se lo debo á mi padre, se lo debo á mis hijos, se lo debo á nuestra ilustre familia. Es un depósito que he recibido, y que tengo que devolver limpio como el oro.

Después, porque soy hombre, y el que no es honrado es una bestia salvaje. Te digo, Fermín, que la más ligera sombra de deshonor en mi nombre, la lavaría con la sangre del mundo entero.

Cañizares hablaba así con la vehemencia que infunden las convicciones profundas, y chispeaban sus ojos lo mismo que una fragua, y su voz sonaba á sorda, como si saliese de lo más hondo de su alma; y sus brazos, agitándose amenazadores, descubrían el vigor varonil de su naturaleza sana y enérgica, lo cual dejaba entender que el ilustre descendiente de los Cañizares cumpliría al pie de la letra todo lo que estaba diciendo.

Nona temblaba oyendo crugir sobre su cabeza la voz de su padre, sin atreverse á levantar los ojos del plato que tenía delante, mientras Aurora, apoyados los codos sobre la mesa, erguido el talle, mondaba muy tranquilamente una manzana. Y su correcta belleza debía parecerse entonces más que nunca á Eva por lo de la manzana, si en efecto fué manzana la fruta del paraíso.

Fermín, por su parte, escuchaba atentamente las palabras de su tío; y, si puedo decirlo así, añadiré que su semblante se abría de par en par para recibirlas, porque en ellas se hallaban con-

tenidos sus propios pensamientos. Mas al llegar á la terrible promesa con que Cañizares terminó su discurso, cubrió á Nona con su mirada, como si quisiera defenderla, y haciendo rayas sobre el mantel con el rabo de la cuchara que tenía en la mano, dijo :

—Muy bien, tío. Pero no hay que pensar en eso, porque la casa de los Cañizares no ha de pasar por esa prueba.

—Así sea hasta el día del juicio (añadió don Martín). Por ahora no me asalta temor alguno de que el nombre de mi padre ande en lenguas, ni que alma viviente tenga por qué señalarme con el dedo. Y por lo que hace al día de mañana, tú, Cañizares también, aunque no por línea recta, vas á ser mi hijo en cuanto el señor Cura os eche las bendiciones; tú serás el hombre de la casa, y en buenas manos va á estar el pandero. Y sabes lo que te digo, que ya te ha caído la lotería, porque esta Aurora, que Dios me dió, tiene muchos humos; parece que se ha tragado el asador, y es más terca que todos los Cañizares juntos. Pero quiere decir que tú la irás amansando, porque bríos no han de faltarte para ponerla más blanda que la manteca. Si fuese esta otra, sería coser y cantar. Ahí la tienes, más humilde que una malva; no ha roto un plato en su vida: su madre dice que se hace de ella lo que se quie-

re, y su tía la monja nos está mareando siempre con que es una santa.

Las palabras de D. Martín hicieron sonreír desdeñosamente á Aurora, pusieron el rostro de Nona encendido como la grana, y dejaron á Fermín cabizbajo, taciturno y pensativo.

Á todo esto humeaba sobre la mesa una fuente de loza blanca, de la que se exhalaba un olor capaz de resucitar á un muerto. ¡Friolera!.... Como que se trataba de una fritada de magras con pimientos y tomates. Pimientos verdes y frescos, tiernos y dulces; primicias tempranas recién cogidas en las matas del huerto de abajo; tomates, los primeros que había coloreado la luna de aquella semana y que habían llegado á la casa frescos, con el rocío de la aurora; magras, ¡ayúdeme V. á sentir!, adobadas con todos sus menesteres por las mismas manos de María de la Paz, que para adobar magras se pintaban solas. Y todo rebosando aceite, aceite limpio de la última cosecha; y, lo que es más, todo ello aderezado por Prisca, que en lo tocante al punto de la sal, tenía la gracia de Dios en los dedos. ¡Vamos!: la fuente decía: «Comedme.»

D. Martín aspiró con ansia aquel ambiente de vida, y dando una palmada en la mesa, dijo :

—¡Dónde se habrá metido esta mujer de mis pecados!....

—Y con toda la voz de su impaciente apetito, gritó :

—¡María!... ¿Qué haces?... ¿Dónde estás?... ¿Te has muerto?...

La voz de María de la Paz se dejó oír por la parte del parador, diciendo :

—¡Calla, hombre!... Ahora no puedo ir.

—Lo de siempre (murmuró Cañizares). A la hora de comer, ¡ya se sabe!... Cualquiera diría que no come, y está reventando de gorda. (Luego, alzando la voz, preguntó en octava alta): Pero, María, ¿almorzamos hoy, ó lo dejamos para el año que viene?

—Almorzad vosotros (contestó doña María); que yo almorzaré cuando Dios quiera.

—Mal anda el carro (dijo Cañizares. Y luego añadió á voz en grito): ¡Vamos á ver! ¿qué es lo que te sucede?

—¡Nada, hombre! (replicó ella á grito pelado.) ¡Qué ha de suceder! Que no se sabe quién ha dejado abierta la reja del amasador que está encima de la bodega, y se han salido á la calle todas las gallinas.

Aurora miró á Fermín con natural indiferencia : Fermín miró á Nona, y Nona bajó los ojos.

—¡Ea, almorcemos! (dijo D. Martín); mientras Doña María de la Paz recoge las gallinas que se han salido á la calle.

Aurora comió con su habitual apetito; Fermín menos de lo que comía ordinariamente, y Nona casi no probó bocado; en cambio Cañizares se despachó á su gusto, comiendo por cuatro; se cobró en comida lo que le habían hecho perder en tiempo.

Después de las magras puso Prisca sobre la mesa dos pollas asadas, plato indispensable, porque hacía las delicias de D. Martín; y si se exceptúa una empanada de liebre, sobrante de la cena de la noche anterior, algunas ruedas de salchichón, aceitunas partidas, queso, miel y varias frutas entre secas y verdes, el almuerzo de la familia de Cañizares no pasaba de dos platos. Con ese desayuno, nadie volvía á abrir la boca en la casa hasta las dos de la tarde, hora en que se comía.

Luego que Cañizares cerró la intención, bebió su último sorbo de vino, y encarándose con Nona, le dijo :

—Vamos, muchacha; demos gracias.

Y Nona no se hizo esperar, pues cruzando las manos sobre la mesa, apoyó la barba sobre ellas, y rezó á media voz la oración de costumbre, en que se daba gracias á Dios por el sustento del cuerpo y se le pedía el sustento del alma.

—Amén (dijo D. Martín). Y ahora vosotras, á volar. Dejadnos solos.

No esperaron nueva orden, ni la una ni la otra, pues Aurora se levantó majestuosamente con su aire de princesa, y desapareció como una mariposa que se escapa de entre las manos, dejando en los ojos los relámpagos de su belleza, y Nona la siguió silenciosa, poco más ó menos del modo que suele seguir la sombra al cuerpo.

Bien almorzado el ilustre descendiente de los Cañizares, se arrellanó en el sillón de vaqueta que ocupaba, como un patriarca, si es que los patriarcas llegaron á usar alguna vez sillones de vaqueta. Desde allí se dirigió á su sobrino, diciéndole :

—Te decía, muchacho, que á mí no me gusta pensar mal de nadie; pero á veces las cosas lo ponen á uno en cuatro caminos, y hay que echar por alguno. Luego hay caras que comprometen á los que las llevan.... ¿Me entiendes?... Y miel sobre hojuelas : hace cuatro años que el hombre cayó en el pueblo, y esta es la bendita hora que no se sabe de dónde ha salido. Traía sus cuartejos, y ahí se acomodó como un cartujo. Eso sí; nadie tiene que decir de él nada. ¿Qué tal? ¿nos entendemos?

—Sí, tío (contestó Fermín); nos entendemos. Todo eso está ya pasado en cuenta; su sospecha de V. confirma la nuestra. La oscuridad de su vida anterior es un misterio, y ese misterio

es un indicio. La justicia tiene que agarrarse á todo.

—¡Y bien! dime tú ahora: ¿á cuántas estamos? Fermín bajó la voz, diciendo :

—Anoche despachamos dos inquisitorias confidenciales, que lleva el correo de esta madrugada, á dos personas de toda nuestra confianza, que ejercen autoridad, una en Valencia y otra en Zaragoza, porque tenemos ciertos relámpagos de que el hombre, como V. dice, ha debido residir en épocas determinadas en uno y otro punto.

—¡Y bien!—preguntó D. Martín, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sillón y entornando los ojos.

—Hay que esperar los datos que hemos pedido para no dar un golpe en vago. Entre tanto, todo se vigila con la mayor cautela. El juez tiene gran conocimiento de los hombres, y posee una astucia admirable.

—Y dime, muchacho (añadió D. Martín, al mismo tiempo que movía la cabeza de un lado á otro para espantar las moscas que le molestaban); dime: ¿el escribano sabe algo de eso?

—No sabe nada más que lo que consta en autos. Ignora que *Minerva* ha descubierto la casa y que nosotros buscamos al hombre.

—Bien hecho; esos *escribas* son capaces de

vender.... á su padre. Bien, muy.... bien....
hecho....

Pronunciando esas palabras entrecortadas, Cañizares acabó de cerrar los ojos, y un ronquido suave y tranquilo dió á entender á Fermín que su tío entraba en la plenitud de la más pacífica de las digestiones. Dejólo profundamente dormido, y salió del comedor, diciéndose entre dientes á sí mismo :

—¡Nona, Nona! ¡Lo estoy viendo con mis propios ojos, y aún me parece mentira!



CAPÍTULO XX.

TRES AL SACO.

ERA de ver la curiosidad con que *Chucho* volvía la cabeza conforme se iba acercando á la casa de sus amos, colgada al brazo una cesta llena de manzanas. Cualquiera habría dicho que se veía perseguido por algún fantasma, porque nunca los rasgos descompuestos de su fisonomía habían ofrecido señales más visibles de estupidez. La visión, no obstante, se escapaba á la perspicacia de los ojos profanos, pues cabalmente en aquel momento sólo dos simples mortales cruzaban la calle.

El caso es que *Chucho*, sin dejar de volver la cabeza, salvó de un salto el portal y llegó hasta